

De vera vita

Pequeño tratado
para una vida auténtica

Esta obra se benefició del apoyo de los Programas de Ayuda
a la Publicación García Lorca del Institut Français de España.

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento
de esta obra.

Título original: *De la vraie vie*

En cubierta: fotografía de Mark LYU/Unplash

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Éditions de l'Observatoire/Humensis, 2020

© De la traducción, Susana Prieto Mori

© Ediciones Siruela, S. A., 2022

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-18859-79-3

Depósito legal: M-3.812-2022

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

François Jullien

De vera vita

Pequeño tratado
para una vida auténtica

Traducción del francés de
Susana Prieto Mori

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 125 (Serie Mayor)

Índice

I. Vida ausente	11
II. Las dos vidas	33
III. De la «verdadera vida»	57
IV. Ni vida bella, ni buena vida, ni vida dichosa	89
V. Vidas perdidas	123
VI. Tratar de vivir	167
VII. «Quien ha pensado lo más profundo ama lo más vivo...»	203

Para Esther Lin,
de vera vita

I

Vida ausente

1. La vida se hunde, como se hunde la tierra. Se desploma día a día bajo un peso invisible. Bajo el efecto de una gravedad que se segrega por sí misma y se acumula: se han retraído posibilidades que ni tan siquiera imaginamos. Pero ¿se trata solo de eso? Una mañana —cuando el día aún no ha impuesto su curso, no ha proyectado su fatalidad— se alza insidiosamente una sospecha: que la vida podría ser algo muy distinto a la vida que vivimos. Sospecha tan páfida como vertiginosa, quizá la más antigua del mundo: que la vida que vivimos tal vez no sea realmente la vida. Que tal vez no haya empezado todavía a explorar sus íntimos recursos: que tal vez aún no haya empezado a *vivir verdaderamente*. La propia novela, de la cual decimos que describe la vida, ha reflexionado mucho sobre el tema: que esta vida, la que hemos acordado llamar «la vida», tal vez ya

no sea más que una apariencia o un semblante de vida. Tal vez se haya vaciado de sí misma, sin que lo sepamos, y ya no sea más que su simulacro o su parodia. Que tal vez estemos dejando pasar, sin siquiera darnos cuenta, la «verdadera vida», la *vida que vive*. O al menos digámoslo así para empezar, con las palabras más comunes que son como una red lanzada sobre aquello que, *quizá*, sea lo último que queramos saber: que nuestras vidas tal vez no sean más que seudovidas. Ahora bien, una vez vislumbrada esta sospecha, ¿dejaremos que caiga en el olvido como si tratásemos de olvidar un mal sueño? ¿Deberíamos dejar que se ocultara, que se enterrase bajo la vida de antes, la vida de ayer, la vida que incansablemente se reproduce? Bajo la vida que siempre es a imagen y semejanza de la vida a la cual nos hemos acostumbrado, que nos es familiar y que se nos va a imponer de nuevo, en este día que empieza, como una evidencia que ya no pensaremos en socavar. Y ello, naturalmente, con toda discreción, como si nada...

Yo mismo, lo confieso, vacilo a la hora de prolongar esa sospecha vislumbrada, esas primeras palabras que surgen, pues temo todo cuanto podría acercarse, por poco que fuera, a aquello que actual-

mente amenaza —colectivamente— nuestro pensamiento: el mercado de la felicidad y del desarrollo llamado «personal» que pretende hacernos pensar. Han hecho su negocio con el tema de la «vida» saturando las librerías con su seudofilosofía. En Francia... ¿Pero acaso no en toda Europa también? Y en otros lugares... ¿No nos cansaremos nunca de esos libros de los cuales se dice, en lenguaje publicitario, que nos «hacen bien»? Se nos ha impuesto esa preocupación, cada vez más exclusiva, que se atrincheró en el único problema de lo vital, al tiempo que invoca lo «espiritual», pero sin mayores ideales, exigencia ni elaboración. Hasta tal punto que ya ni siquiera nos causa la menor inquietud. Inflada con fórmulas de sentido común o sacadas del sempiterno fondo de la sabiduría, esa tumefacción ha acabado formando la ideología dominante hoy en día, envolviendo toda ambición de la mente. ¿Será para siempre?

Semejante estulticia amenaza a la filosofía del mismo modo que la seudovida amenaza a nuestras vidas; y ello se ve agravado por el pensamiento facticio que contiene. Contra ese pensamiento perezoso, de repliegue, de *replieque* del pensamiento y conjuntamente de la vida, que se conforma con ba-

nalidades de un infrapensamiento que no hace ni pensar ni vivir, debemos alzarnos a partir de ahora. Debe causarnos alarma, hemos de tomar las armas, para impedir que nuestras vidas se rindan a la inepticia. Pero resulta especialmente difícil porque «eso» (contra lo que alzarse) carece de consistencia y tampoco está claro «en nombre de qué» criticarlo. Salvo tal vez si pensamos en cómo la «verdadera vida» podría constituirse en un concepto que denuncie ambas cosas a la vez: el hundimiento en la seudovida así como en el seudopensamiento. ¿Cómo remediarlo de otro modo?

Así pues, valdrá la pena, aunque tan solo sea una vez en la vida, mirar de frente a esa sospecha que surge en la vida una mañana, pero que atañe a la propia vida, esa que la seudofilosofía tiende a camuflar con sus engaños, con su palabrería: ¿cómo ha podido producirse ese olvido, esa obliteración de la vida en la vida? Podemos esperar que esa súbita sacudida de la vida en la vida, tan profunda en ese instante como un seísmo, que llega a hacernos dudar de que esta vida sea realmente la vida, comience a amortiguarse y a aplacarse con el día que se instala y todo lo que trae con él. Que la vida vuelva a ser «como es», decimos con simpleza para recuperar

la calma. Podemos esperar que esa sacudida que dejaba vislumbrar, una mañana, que otra vida sería posible acabe resolviéndose sola, como «se resuelve» la vida. Siempre podemos conformarnos con que la vida vivida sea una vida rebajada... De hecho, ¿quién no finge, en mayor o menor medida, que nunca ha tenido esa sospecha relativa a la vida misma, a lo que sería como una falsedad de la vida en la cual la vida se ha hundido? Hay una especie de acuerdo tácito para disimularlo. ¿O nos detendremos en eso mismo para decirnos brutalmente que, aun estando vivos, no vivimos «de verdad»? No es tanto que la vida «huya», *vita fugit*, algo contra lo cual venimos declamando desde siempre, sino que nos conformemos con algo que no es más que un semblante de vida y que tal vez nunca hayamos accedido, ni aun por un fugaz instante, a la «verdadera vida».

Lo cierto es que, aunque se trate tan solo de una idea surgida una mañana, idea inoportuna que querríamos espantar porque tenemos el presentimiento de que podría alterar el curso controlado, al que «nos hemos hecho», de nuestra vida, algo como un vértigo —el de la vida que se denuncia en apariencia— se ha puesto en marcha. Si no nos damos prisa en tapar todo lo que sale a la luz —y

que tal vez avisa— con todo lo que de costumbre tenemos en la cabeza, como quien arroja una sábana para apagar un conato de incendio, entonces todo cuanto hasta entonces sostenía nuestra vida empieza a arder como un decorado de teatro, como cartón piedra, y deja a la vista su vacuidad. Ahora bien, ¿qué es lo que aparece ahí de pronto que no atañe solamente a una vida individual, replegada en la singularidad de su propia historia? Algo que se descubre en su fondo *existencial*: que la vida ha *abandonado* la vida sin que nos diéramos cuenta. Es decir, que la vida ha sido desheredada de aquello que constituye efectivamente la vida; o que hay una avería en la vida o, digamos, defección. Por eso la vida no deja de oscilar en apariencia y de segregar su propia imitación. Lo que llamaremos la «verdadera vida», por tanto, no es la vida tal y como «debería ser», sino como no es, y como siempre hemos celebrado para lamentarla. Bien al contrario, es la vida que *es efectivamente la vida*, tal y como no se ha dejado falsificar, y en primer lugar hasta el punto de disimular esa desertificación que sufre. Por eso, aun cuando estamos vivos, subsiste como una nostalgia de la vida en la vida. ¿Quién no la ha experimentado alguna vez? ¿O acaso se trata de un pensamiento

que atormenta a los tiempos modernos? ¿Acaso los griegos (los «felices» griegos), que representaban a los dioses a la vuelta del camino al encuentro de los hombres, estaban exentos de él?

En todo caso, una cosa es segura: cuando decimos (al despertar de una pesadilla, al recuperarnos de una enfermedad) que estamos resueltos a «comernos» la vida «a mordiscos», como se come una manzana, la expresión, pese a su valor de decisión, es falaz. La vida nunca se deja «comer» —¿se deja siquiera abordar?— en lo que sería su presente inmediatez. También se dice que hay que «disfrutar de la vida»... «Mientras estemos vivos»... Pero no se puede «disfrutar» de la vida porque la vida no es algo como un «bien», aun temporalmente poseído, del cual podamos directamente, al tenerlo a mano, sacar partido, cuyo fruto podamos «obtener», según se suele decir: como si se pudiera consumir la vida. En realidad, aquello que sería la vida más esencialmente es algo que se empieza a perfilar, como en una brecha, con perspectiva, a distancia, en el recuerdo o tal vez en sueños. Porque la paradoja fundamental de la vida es que la vida *no coincide* con la vida, y eso desde su origen. Si bien «la verdadera vida está ausente», como dijo Rimbaud con pala-

bras decisivas y ya definitivamente adquiridas, no se debe, obviamente, a un infortunio o una desgracia personal que serían más o menos anecdóticos, sino a esa contradicción fundamental que es propia de la vida: «Estoy en el fondo del mundo —dice la Virgen loca en *Una temporada en el infierno*—, en el fondo del mundo» como en el fondo del abismo. Ahora bien, al mismo tiempo, se reconoce que «no estamos en el mundo»... A este mundo, aquí mismo, aún no hemos tenido acceso.

Este mundo, esta vida, ¿no los habremos perdido ya? ¿No habremos *perdido* la «verdadera vida» para siempre? Por eso no dejamos de querer «encontrar y recuperar», dice por su parte Proust al final de *En busca del tiempo perdido*, «esa realidad lejos de la cual vivimos», esa realidad de la verdadera vida «de la que cada vez nos alejamos más a medida que adquiere grosor e impermeabilidad el conocimiento convencional que ponemos en su lugar». En el estadio más inmediato y común, que es incluso originario, la vida se ha dejado reducir a sensaciones ya balizadas, ya normalizadas y codificadas. Nos encierra en el seudodecorado, donde quiera que vayamos, donde quiera que nos aventuremos, de lo que, por ende, no puede ser ya más que una seudopercep-

ción. Pero resulta que esa realidad «que corremos el riesgo de morir sin haber conocido» es «pura y simplemente nuestra vida». Es decir, la «verdadera vida», como la llama Proust: la «verdadera vida» es «esa vida que, en cierto sentido, habita a todos los hombres en todo momento», pero que no «ven» porque no han tratado de «esclarecerla». Ahora bien, ¿acaso no buscamos durante toda nuestra vida algo que no sea simple apariencia o semblante de vida, que sea más que una *seudovida*, que sea efectivamente la «verdadera vida»? La moral solo aparece después. Y si lográsemos acceder a la «verdadera vida», ¿sería necesaria la moral?

¿Acaso no se convierte toda novela, por poco que se adentre en la materia de la vida, en exploradora de la «verdadera vida»? ¿No debería llamarse siempre, genéricamente, *La verdadera vida*? Puede que un personaje no deje de soñar con esta sin tener el valor de adentrarse en ella, o bien fantasee con su posibilidad sin pasar al acto: deja que su vida quede sepultada, sin mayor voluntad, bajo los sedimentos de lo cotidiano, incluso de las embestidas de la historia (Frédéric Moreau en *La educación sentimental*). O bien la verdadera vida aflora por fin entre los Amantes cuando han atravesado —traspasado— la

seudovida precedente, sus ambiciones falaces, cuando han sabido sacrificar todo lo demás: Julien Sorel con Madame de Renal, el último día, en la torre de Besançon, antes de que le corten la cabeza por haber osado rebelarse contra la seudovida de la sociedad. O la verdadera vida se infiltra fortuitamente, gracias a un encuentro, un día, de forma aparentemente inesperada, pero que cruza discretamente la vida establecida, la vida conforme en la que poco a poco ya no se vivía. Lo que estaba sepultado en la vida se alza entonces, se convierte de pronto en tempestad y lo cambia todo: la imposibilidad de hallar en ello la verdadera vida lleva al desastre (*Ana Karenina*). O bien el novelista contrapone ambas cosas: la vida ordinaria, que transcurre entre incesantes compromisos, arreglos y miramientos, la ternura, pero también la resignación que, ambas, acababan por condenar la vida, y, en otra escena, una vida que accede a la verdadera vida atreviéndose a romper, gracias a su valentía, el círculo de un destino dispuesto a tragársela (*Las afinidades electivas* de Goethe, tal y como Walter Benjamin concibe su estructura).